

nocer la historia de la filosofía, sin poder apreciar qué alcance ético ha tenido la lucha entre la ciencia y las religiones, del fracaso metafísico del racionalismo contemporáneo; ha seguido con los ojos las maniobras de la intelectualidad, y se ha formado a su idea, una convicción del resultado de estas maniobras; ha visto a la ciencia apoyar una escalera en las nubes, subir al cielo y comenzar a arrojar sobre la tierra los dioses, muñecos de paja y trapo con figura de hombre que la teología movía y hacía pasar por divinidades. Y el pueblo ha aplaudido gozosamente, frenéticamente, al ver caer aquella lluvia de marionetas; congregado al pie de la escalera como se congrega frente a todos los acontecimientos, se ha identificado con la ciencia, ha comprendido intuitivamente la obra de sanidad que se efectuaba con la limpieza de la barbacoa celestial. Pero una vez que cayó al suelo el último muñeco, cuando la ciencia, desde lo alto, gritó: ¡Ya no queda nada aquí! el pueblo abrió los ojos desmesuradamente, permaneció con la cabeza levantada y las pupilas fijas en el firmamento; era que aceptaba de buen grado la revelación de que las religiones lo habían engañado y que la ciencia había hecho bien en vaciar el cielo, pero que esperaba que detrás de aquellas farsas, de aquellos símbolos pobres de una verdad maravillosa, la ciencia encontrara al verdadero Dios, ese Dios que le inspiraba el presentimiento, la idea intuitiva de que en la bóveda celeste se ocultaba realmente un misterio. Pero la ciencia volvió a gritar: ¡Aquí no queda nada, absolutamente nada; ya el cielo está vacío! Y a la vez que la ciencia descendía gravemente la escalera, la gran masa del pueblo se retiró silenciosamente, tristemente, después de tantas risas, tantos gritos, tanta algarazara como había acogido la caída de los dioses antropomorfos.

Las religiones están vencidas, desmascaradas; pero el vencedor no

ha podido ofrecer a la inteligencia humana un ideal digno de ocupar la plaza del derrotado. Se ha derribado, pero no se ha construido, y, sin retórica alguna, la necesidad de edificar allí mismo donde se destruye es ineludible si se quiere que la destrucción produzca beneficio. La filosofía contemporánea no lo ha hecho así, aunque no por ello debe creérsela culpable de un delito, pues tiene tiempo todavía para construir el ideal que se le pide; pero el sentimiento popular se exaspera en la espera, porque el sentimiento no reflexiona, no se da cuenta de que para reconstruir un edificio es preciso derribarlo de antemano; de ahí el desamparo, la falta de punto de apoyo, la crisis del mundo moral.

En el pueblo, en las sociedades, en la gran masa intelectual se siente la necesidad de un ideal de acuerdo con los anhelos íntimos de la naturaleza humana, y como el espíritu filosófico contemporáneo no ha podido dárselo al arrebatarse el antiguo, he aquí a la gran masa que, falta de ese apoyo, cae de nuevo en las supersticiones; he aquí por qué, en pleno siglo XX, subsisten la magia y la hechicería, he aquí por qué hay aún cartománticas que adivinan el pasado y el porvenir y por qué los periódicos relatan con frecuencia los crímenes cometidos por sacerdotes o sacerdotisas del ocultismo; vuelve a creerse, en una palabra, en lo sobrenatural como se creía en la Edad Media, y las inteligencias no privilegiadas seguirán siendo supersticiosas mientras la crisis actual no se resuelva, mientras la filosofía no ofrezca a la humanidad el ideal que ella reclama y que hoy no puede encontrar en el espiritualismo ni en el materialismo.

Inspirada en esta convicción, esta obra no tiene otro objeto que el de mostrar al hombre un cielo vacío de dioses antropomorfos, pero lleno todavía de un misterio bellissimo, hacia el cual puede volverse los ojos y extender las manos con la esperanza de